# EN BUSCA DE LA TIERRA SIN MAL

## Capítulo 1

Juan y Agostina habían intentado combatir desde muy temprano un incendio en uno de los portales de una de las mayores reservas de agua dulce del planeta: los esteros del Iberá. A pesar de lo entrenados que están ambos, ya que caminan más de 10 kilómetros por día, respirar el humo y estar tan cerca de las llamas hacía que se sintieran abatidos.

Pero más que el agotamiento físico, lo que pesa en ellos es la frustración de no poder controlar las llamas. Ver a una familia de monos carayá huir desesperados, cruzarse con una gran cantidad de carpinchos corriendo confundidos y el cielo azul del estero atravesado por una columna negra y densa de humo estremece sus corazones, ya que todos sus intentos, luego de varias horas de lucha contra el fuego, habían sido inútiles.

A través de la poca luz que se filtraba entre los árboles podían verse las partículas del humo flotando en el aire, lo que no impedía que los mosquitos los siguieran de cerca y los picaran, por lo que Juan la dejó descansar sobre un tronco caído, mientras fue a la camioneta a buscar agua y más repelente. En el camino comenzó a sentir un fuerte dolor en la articulación de la muñeca izquierda y pensó:

- ***¿Será artritis como la abuela Rita?***

Ella acomodó su cabeza sobre una parte del tronco mirando al cielo, recordando que había dejado Buenos Aires hace casi un año para venir a colaborar en la reserva de la estancia Santa Gertrudis, dejando atrás su familia, sus amigos y hasta su novio, cuando de repente una sombra la cubrió. Se incorporó rápidamente y se quedó quieta al ver a aquella figura delante suyo, buscó con la mirada a Juan y no lo vio cerca. Pensó en gritar pidiendo que vuelva, pero no le salió la voz. Frente a ella se encontraba un hombrecito de baja estatura con largos cabellos rubios y ojos azules que portaba un largo bastón. Él la miró dulcemente y le habló:

- ***No tengas miedo… ¿no sabés quién soy?***

Agostina lo miró extrañada y buscó, sin perderlo de vista, su teléfono en el bolsillo de su pantalón.

- ***Soy Yasí Yateré… Necesito que me ayudes. Tenemos que cuidar a Yví…***
- ***¿Yví?*** -preguntó confundida Agos.
- ***Yví… la tierra, así lo quiere Ñamandú***- respondió Yasí.

Agos buscó en el teléfono la aplicación de la cámara para tomarle una foto, y en ese momento Yasí golpeó su bastón sobre la tierra y un fuerte destello iluminó todo el bosque.



Se sabe muy poco de los Guaraníes antes de su contacto con los conquistadores españoles, ya que no conocían el lenguaje escrito, así que su historia más antigua está basada enteramente en fuentes orales.

Eran un pueblo nómada, que habitaba las actuales provincias de Corrientes y Misiones, así como también distintos países como Paraguay, Bolivia y se extendía por el Brasil hasta llegar al Caribe. Su movimiento migratorio constante era en búsqueda de la «***tierra sin mal***», mezclaban la recolección y la caza con la agricultura en el marco del ***Tekoha,*** lo que en realidad los

transformaba en un pueblo semi- nómada, ya que, al agotarse los recursos en un sitio, la comunidad entera migraba en búsqueda de mejores horizontes. El lugar abandonado volvería a regenerarse y serviría a otros que vendrían después.

Llamó la atención de los conquistadores el hecho de que los guaraníes no poseían templos, ídolos ni imágenes para venerar, ni grandes centros ceremoniales, concluyendo erróneamente que se trataba de un pueblo sin ningún tipo de creencia religiosa. La verdad es que eran profundamente espirituales, a tal punto de no necesitar de templos ni de ídolos tallados, ya que su templo era la naturaleza misma.

En la lengua guaraní no existe una palabra específica para la naturaleza, ya que para ellos "naturaleza" lo es todo, desde la espiritualidad hasta el sustento vital.

La tierra, "***Yvy***", necesita ser continuamente cuidada mediante un comportamiento respetuoso y justo, misión encomendada por ***Ñamandú***, el gran padre creador de todo.

Material de la asignatura Medicina Hombre y Sociedad